

Estaban justo en esa edad en que lo mismo podían tomar la decisión más importante de su vida en treinta segundos que tardar media hora en decidir si comprar unos zapatos negros o marrones; en que en un momento se sentían eufóricos entre sus amigos y poco después, tremendamente desdichados en casa; en que se entusiasmaban con las historias más fantásticas y, a la vez, derribaban toda ilusión ajena con la lógica más aplastante.

María, Héctor y Hamed no eran amigos por similitud de caracteres, de intereses o de gustos, sino por la fuerza de las circunstancias. Eran amigos entre sí porque no lo eran del resto del grupo; porque los otros los consideraban los *pringadillos* de la clase. A fuerza de sentirse marginados habían forjado fuertes lazos de amistad; y, a fuerza de que los llamaran raros, habían llegado a sentirse unidos en la diferencia hasta apreciarla como un rasgo de personalidad. Sabían que la pertenencia a un grupo era un valor incuestionable a determinada edad, con lo que les gustaba pensar que su independencia era un signo de madurez. Habían crecido sintiéndose diferentes y se habían hecho fuertes para poder soportar las acometidas de chulillos y de pijas. Una de éstas, Lorena, se acercó a María, rodeada de su corte de admiradoras:

—Hola, María. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias.

—Como dice mi madre, “no hay mal que por bien no venga”.

—Como dice la mía, “de donde no hay no se puede sacar”.

—¿Qué quieres decir?

—Tú primero, por favor. ¿Qué has querido decir tú?

—Que te veo muy bien.

—Será que tienes buena vista.

—Desde luego mejor que tu amigo el gafotas.

—Pero él con las gafas arregla su limitación. La tuya no tiene arreglo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es la mía?

—Al preguntarme me estás dando la razón. Eres un poco cortita y para eso no hay artilugios correctores.

—Y tú eres imbécil y eso tampoco tiene solución.

—Asumo que no soy perfecta. Me lo habéis recordado continuamente desde niña. En cambio para ti será un duro golpe saber que no todo el mundo te considera perfecta.

—Tu opinión me importa un bledo. Te corroe la envidia.

—Será eso. Así solucionas tú todo lo que no encaja en tu esquema: traspasas la culpa al otro y pones una etiqueta a la situación.

—Tía, no hay quien te entienda. Has cambiado por fuera, pero sigues siendo igual de rara y de cursi. Ahí vienen tus amigos los *pringaos*, con ellos te entenderás mejor. Pero conste, y sois todas testigos —dijo Lorena buscando la confirmación de sus amigas—, que yo te he dado una oportunidad, porque mi madre me ha insistido, pero veo que no la mereces.

María se volvió y vio venir a Héctor y a Hamed, este sonriente; Héctor algo más serio.

—¿Por qué no me has llamado? ¿Cuándo has llegado?

—Perdona, Héctor. Vine ayer, pero llegué muy cansada y con un montón de cosas que hacer. Tenía que organizarme para el primer día de clase.

—Te he echado de menos. No basta con *whatsapp*. ¡Venga un abrazo!

Los dos amigos se dieron un efusivo abrazo y siguieron luego en animada conversación. A lo lejos, el grupo de Lorena los miraba con sonrisas sarcásticas que envolvían cuchicheos inaudibles. Héctor vio que María las miraba.

—A lo mejor he interrumpido algo. A lo mejor ahora te apetece juntarte con ellas.

—¡Estás loco! ¡El sol del verano se te ha debido de subir a la cabeza! Hamed, y ¿tú no dices nada?, ¿no me das un abrazo?

—Digo que estás muy guapa y que me alegro mucho de verte. Con Héctor ya he estado otros días porque nosotros volvimos a finales de agosto. Oye, tendrás que contarnos muchas cosas.

—Habrà tiempo para todo —contestó María—, aunque no tengo muchas ganas de hablar de ciertas cosas, la verdad. En cambio, me apetece mucho que nos cuentes cosas de tu país. Lo habrás visto con otros ojos después de vivir aquí dos años.

—La verdad es que sí. Y, si tengo que ser sincero, para mí hay cosas peores y cosas mejores. Las tres novedades de estas vacaciones han sido: que mi hermana se ha echado un novio y mi padre está encantado porque es el hijo de un amigo suyo. Segundo, que he recuperado a mis amigos de allí y hemos quedado que esta vez nos esforzaremos en mantener el contacto; vamos a ver si lo conseguimos por correo electrónico y hablando de vez en cuando por Skype. Pero lo más importante

para mí, lo más emocionante, es que el viaje ha coincidido con el Ramadán y es la primera vez que lo he vivido, no siendo ya un niño.

—He oído mil veces hablar del Ramadán, pero no sé muy bien qué es —dijo Héctor.

—Es el mes sagrado para los musulmanes. Lo que se dice siempre es lo del ayuno: no se puede comer ni beber desde que sale el sol hasta que se pone. Pero es mucho más, porque ese sacrificio supone también meditación, oración y ser generoso con los otros. Además, se vive mucho en grupo. Cuando caía el sol nos reuníamos familia y amigos y comíamos todos juntos, compartiendo todo. ¡Ha sido estupendo!

—Bueno, pues todos contentos, qué bien. Ahora a empezar de nuevo —dijo María.

El timbre del Instituto sonó y entraron en la clase. El grupo estaba formado por doce chicos y diecisiete chicas, sentados en mesas individuales, aunque se adivinaban varios subgrupos cohesionados por estiramientos de cuerpos y algarabía de voces que intentaban mantener la relación a pesar del espacio entre los pupitres. Se intuían dos subgrupos principales, el de Lorena y sus tres íntimas, monas, risueñas y dicharacheras; y el de los chicos guaperas, seis en torno a dos que parecían llevar la voz cantante, Eduardo y Toño, éste repetidor. El resto hablaba en pequeños grupos de dos o de tres. Enseguida apareció la tutora, que era la profesora de Lengua y había sido ya profesora del grupo el curso anterior.

—Buenos días, chicos. ¿Qué tal las vacaciones? Espero que hayáis descansado, os hayáis divertido y hayáis tenido también algo de tiempo para leer los libros que os recomendé. Ya los iremos comentando poco a poco. Hoy vamos a

emplear la clase en ver el horario y hacer una planificación general del curso y de la asignatura.

Al final de la clase, conforme iban saliendo todos los alumnos, la tutora se aproximó a María:

—Me alegro de verte. No he querido decir nada en público, porque sé que no te gustan los protagonismos de ningún tipo. Creo que sacaste muy bien el curso y también que has leído mucho. Tu madre vino en junio a que le recomendara algunos títulos. De verdad, me alegro mucho de volver a tenerte entre nosotros. Tú le das sal al grupo.

—No creo que los demás piensen lo mismo, pero se lo agradezco.

—Yo sí lo pienso. Tener alumnos con inquietudes, estudiosos y buenos lectores es lo que nos motiva a los profesores. Te he echado de menos, de verdad.

María sintió un cierto orgullo interior, que en absoluto exteriorizó. Sí dio las gracias, acompañadas de una sonrisa, a su profesora y salió de la clase.

El comienzo del curso provocaba sentimientos muy diversos: junto a la ilusión por el reencuentro con los compañeros o la sana curiosidad por las asignaturas nuevas y por los profesores recién incorporados, había también una parte de miedo ante lo desconocido, ante la dificultad que pudieran entrañar las nuevas materias, ante el esfuerzo y el fracaso. Se abría un año que podía estar lleno de sorpresas. De hecho, algunos deseaban que mil sorpresas rompieran la monotonía de sus vidas. Otros, más satisfechos consigo mismos, se conformaban con que todo siguiera igual o que avanzara muy poquito a poco, sin sobresaltos. Y otros temían las sorpresas que pudiera depararles el destino y preferían buscar ellos mismos la chispa que diera sentido a sus vidas.